

III.

TRES HUÉSPEDES.

El 18 de Abril de 1801 rechinaban sobre sus viejos goznes las puertas de la Cartuja para abrir paso á un viajero que de llegar acababa.

Era un desterrado. Allí le enviaba la intriga cortesana, allí le recibía la mas franca hospitalidad.

Todos los monges, todos aquellos virtuosos solitarios, se agrupaban á su alrededor, y con leales ofertas, con sencillos agasajos, con buenos y afectuosos servicios trataban de borrar de la mente del proscrito las ideas melancólicas que anublar podían su ya demasiado entristecido corazón.

Ministro caído, el proscrito no encontró allí las privaciones ni las amarguras del destierro: endulzóselas la franca y sencilla amistad de los anacoretas.

Algunas veces, dando tregua á sus deliciosos paseos por el valle, á sus instructivas conversaciones con alguno de los monges, á sus profundos recogimientos filosóficos al pié de un haya centenaria, el desterrado se retiraba á la celda que le habían destinado y allí escribía páginas que debían un día ser leídas con admiración y servir de modelo á las escuelas.

Un año permaneció en esta solitaria Cartuja. Durante este tiempo su vida fué sencilla, tranquila, reposada, repartida entre el estudio de la naturaleza y el estudio de las ciencias, entre la oración y la amistad.

Al año, los cortesanos, inclementes en su odio, robábanle á la Cartuja para hundirle en un castillo, para darle por morada Bellver, la fortaleza-palacio de Don Jaime que el proscrito debía acabar de hacer para siempre célebre

con su pluma, mientras que mas tarde el ilustre Lacy allí fusilado debía hacerla tristemente famosa con su muerte.

Este desterrado de la Cartuja era *Jovellanos*.

Pocos años despues de la supresion de las órdenes monásticas, la Cartuja recibía á otro huésped.

Proscritos los monges, ya entonces la Cartuja no era mas que una casa de recreo. Sus celdas, sencilla y modestamente amuebladas, eran del primer viajero que alquilarlas quería.

El huésped de que hablamos, tomó una celda de la cual apenas salía. Llevaba una vida retirada, triste, y misteriosa.

De noche abandonaba su habitacion y se le veía vagar por el solitario cementerio de los Cartujos, pasear por bajo los cipreses, sentarse al borde de las huesas que cubrían las zarzas y silvestres plantas por entre las cuales se alzaba melancólica la modesta cruz de madera.

En estos misteriosos paseos consumía á veces toda la noche. Los rayos purpúreos de la aurora iban muchas veces á encontrarle sentado, hundida la frente en las manos, fijos los ojos en la lápida que tenía á sus piés.

Los sencillos labradores, los ignorantes campesinos de Valldemosa se asombraban de aquel ser extraño cuyo único goce parecia consistir en pasear por entre los sepulcros á la hora en que la luna les baña con su tibia y melancólica luz, á la hora en que los fuegos fátuos como almas en penas, danzan fantásticos por encima la tierra que cubre todo un pueblo de muertos; á la hora en fin, en que todo duerme y sosiega, los mortales en brazos del sueño, la naturaleza en el seno de Dios.

A veces, el misterioso huésped se llevaba una lámpara consigo en su nocturno paseo, se sentaba bajo uno de aquellos cipreses seculares que sombreaba la tumba de algun justo varon, de algun piadoso anacoreta que del recogimiento del claustro habia pasado al silencio del sepulcro, y á la luz trémula y amortiguada de la lámpara escribía páginas febriles y delirantes, páginas envenenadas y satánicas que debía mas tarde dar á luz en Paris, la Sodoma del día, con el nombre de *Spiridion*.

Este huésped ó, por mejor decir, esta huésped de la Cartuja, — porque era una muger aunque con traje y nombre de varon — era JORGE SAND.

Algunos años despues que la autora de *Lelia*, otro huésped llegaba á la Cartuja.

Su frente pálida, sus ojos hundidos por las vigiliás, su rostro enflaquecido por las luchas del espíritu, su mirada encendida por la inspiracion y por el

genio, todo revelaba en él al poeta, al hombre de la meditación, al esclavo de la conciencia del arte.

El nuevo huésped sintió como que se abrían en su interior todas las fuentes de la poesía al llegar á la Cartuja.

Admiraba los prados de esmeralda que lucían al sol su coqueta tapicería de verdura; hacíale estremecer el aleteo del ave que volando cruzaba el valle; interrogaba, como si fueran ecos de una poesía virgen y desconocida que hablase á su alma, los susurros de los cipreses, los murmullos de las balanceadoras palmas, los murmurios del jugueton arroyo, estudiaba las candorosas costumbres de aquel pueblo agrícola que *se afirma en el conocimiento de Dios con la vista de la naturaleza*; buscaba la soledad del templo para inspirarse con la oración, con el estudio del arte y con el recuerdo de las cosas santas; delectaba por medio de las viejas ojivas, de los calados de la iglesia, de los graciosos arquivitres y de las labradas cornisas, las memorias de otras épocas; y en fin se subía á lo alto de los cerros para cantar en su corazón alabanzas al Dios y Señor de todo lo criado.

Este otro huésped, era PIFERRER.

He ahí pues como dió asilo la Cartuja, personificadas en sus tres huéspedes, á tres ideas, á tres revoluciones, á tres épocas.

He ahí pues como vivieron bajo un mismo techo, pero con distinto campo para sus pensamientos, Jovellanos el poeta-filósofo, Jorge Sand el poeta-delirante, Piferrer el poeta-cristiano.

He ahí pues como, uno tras otro, allí estuvieron con ellos la filosofía, el ateísmo y la creencia.



CONVENTO DE SANTA MADRONA.

(BARCELONA.)

I.

LOS CAPUCHINOS.



ROCURAREMOS ser breves al hablar de los capuchinos, con tanto mayor motivo cuanto que esta congregación, llamada así por el extraordinario capucho que ostentaban sus hijos, no era mas que una de las innumerables ramas del árbol Franciscano.

Los Franciscanos se habían corrompido, se habían relajado hasta un punto que parece increíble en ministros del Señor cuando se intentó la reforma (1).

Fué el fundador de los capuchinos el V. P. Fr. Mateo Basci ó Basio ó Bioschi, como pretende un autor. Era fraile menor y observante en el ducado de Urbin por los años de 1525 cuando, en virtud de cier-

(1) A dos millas de Camerino se ve el célebre convento de los capuchinos donde se estableció la reforma, en el pontificado de Clemente VII. Difundióse de tal modo la nueva regla en Europa, que en todos los países se introdujo. (Voyage.—Italia sacra.)